**NOVENA A NUESTRA MADRE INMACULADA**

“En medio de nuestro cercado, se ostenta alegre y hermosa,

inundándonos de luz celestial, poderosa, sabia e inmaculada,

brindándonos con su amable sonrisa, nuestra Madre Inmaculada”

(*Santa Carmen Sallés)*

María Inmaculada recibió su cuerpo, un cuerpo sagrado y consagrado para una misión única. Pero cuando ella lo recibía, no tuvo conciencia de tan alto designio. Con su cuerpo fue conociendo el mundo y sus costumbres. Con su cuerpo saludaba y ayudaba a los demás, con su cuerpo trabajaba, reía, lloraba también. Aprendió en la escuela de la vida, a recibir ‘con libertad’.

 Con su cuerpo y con todo su ser, recibió a Dios, que se disponía a entrar para siempre en la historia de los hombres, como uno de tantos, sin velo que ocultara su resplandor, ni fisura que clavara el pecado.

 María recibió la misión de engendrar a Dios. Ella no escogió el lugar, ni la manera, no escogió el día, ni los acompañantes; no escogió los acontecimientos que a causa de este Niño se irían sucediendo, ni peligrosos, ni gozosos, ni dolorosos.

 María recibió libremente la misión.

 ¡Qué corazón tan libre para recibir sin decir ‘basta’, sin exclamar ¡‘ya no puedo más’! Recibir a Dios que siempre pide mayor apertura, generosidad, un Dios que casi nunca se acerca por grandes autopistas, sino más bien, por senderos sencillos y luminosos. Recibir a un Dios que no cesa de buscarnos, de acercarse a nosotros, de invitarnos a llegar hasta donde parece imposible llegar.

 Recibir exige crecer en libertad, profunda libertad para renunciar a miedos, a superficialidades, a apariencias, y lleva a vivir en total disponibilidad… libre el corazón de María para recibir.

Aumenta tu amor en la oración. Amor ardiente de María Inmaculada, y de Carmen Sallés. Llena de amor tu oración, y da libremente ese regalo…

“Porque la oración es el canal por donde desciende la gracia”. Y aumenta nuestra confianza en el Señor, seguras de que la gracia de Dios no nos ha de faltar. Nos lleva a responder como María: “Hágase”. Y a reconocer, con alegría, cómo Dios va actuando en nosotras y en las personas que nos rodean, cantando como Ella en el Magnificat: “Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí”.

 M. Mª Isabel Moraza

 Superiora general